

le quitaron la vida con la misma crueldad que á los demás, segun la declaracion que dieron después los que quedaron con vida y cautivos.

Repararon los soldados de la expedicion que iban recogiendo á los difuntos, en un tramo de tierra que estaba verde entre la demás quemada, toda vestida de zacate verde y matizada de flores de varios colores, las unas conocidas y las otras no: habia entre ellas la manzanilla y otras. Mandó el comandante cavar allí, y hallaron á los benditos padres, cuyos venerables cuerpos estaban juntos, y ambos ceñidos con sus cilicios, los que se mantenian sin haberse consumido; y segun consta de las declaraciones hechas, allí los enterró una india gentil vieja, que en vida quería y estimaba mucho á los padres, y viéndolos muertos hizo un hoyo y los enterró.

Mandó el comandante Fajes ponerlos en unos cajones, que después llevó consigo y los entregó personalmente al reverendo padre presidente de las misiones de la Pimeria en Sonora, pertenecientes al colegio de Santa Cruz de Queretaro, junto con las declaraciones hechas sobre todo lo acaecido, y entre las cosas particulares que en ellas se contienen y he leído, es una la siguiente que no omito por mas particular; dice que:

Después de haber sucedido el incendio de las misiones, luego que entraba la noche se veía una procesion de gente vestida toda de blanco, todos con velas en las manos encendidas y delante su cruz con ciriales, y daban vueltas al rededor del recinto en donde habia estado la mision y que cantaban no saben qué; y que después de haber dado muchas vueltas desaparecian, y que esto lo vieron muchas neches no solo los cristianos, sino tambien los gentiles, y que á estos les causó tal horror é infundió tal temor, que desampararon sus tierras y se mudaron como ocho leguas mas abajo, tambien á la orilla del rio; que allí llevaron los cautivos cristianos, aunque á estos no causó dicha vision ni horror ni temor, sino alegría. Esta mutacion fué la causa de no haber hallado en el sitio á la nacion Yuma. Buscaronlos rio abajo, y como ocho leguas del sitio los hallaron, pero metidos en la espesura de un bosque ó monte de arboleda pegada al rio, sin poder conseguir el sacarlos, ni poder tratar con ellos mas que fuera de tiro; pero consiguieron en buenas, así de lejos, rescatar todos los cautivos á trueque de ropas; y viendo el comandante que por entonces no podia hacer otra accion, determino volver para Sonora con todos los rescatados y con los cuerpos de los difuntos, y dar cuenta de todo al comandante general, y así lo practicó.

Enterado de todo el señor comandante general, dióle nueva orden para que se juntase la expedicion á fin de coger las cabecillas, que ya constaba por las declaraciones de los rescatados, quienes habian sido los principales motores, como tambien para escarmentar aquella atrevida y rebelde

nacion Yuma. Para que se cogiese, dió orden al teniente coronel Fajes, que iba de comandante, para que llegado al Rio Colorado dejase allí al mando del capitán que iba de segundo comandante la mayor parte de la tropa, y con parte de ella cruzando el rio, llegase á estos establecimientos á tratar con el señor gobernador de la provincia sobre este asunto, á quien le enviaba la orden para que con toda la tropa que fuese posible pasase en persona á la expedicion del Colorado, para que repartida dicha tropa por ambas partes del rio, se lograra el deseado fin. A esto venia el dicho señor Fajes, y llegó á San Gabriel el mismo dia 26 de marzo que habia salido de dicha mision el señor gobernador para la fundacion de la Canal, como ya dije.

En cuanto el señor gobernador recibió los pliegos que le remitió el señor Fajes, se regresó para dicha mision; allí trataron ambos el asunto, y acordaron el dilatar la ida al Rio Colorado hasta setiembre que estaria el rio en disposicion de vadearse; y para que no estuviese la tropa de Sonora detenida tanto tiempo en dicho rio, pasó el señor Fajes al rio á darles la orden para que se retirasen á la Sonora con los pliegos para la comandancia, en que se daba cuenta de lo determinado, y el señor Fajes se regresó con su tropa á San Gabriel á esperar el tiempo señalado para la expedicion, la que se ejecutó por setiembre; pero no se consiguió la pacificacion de dicha nacion, aunque se mataron á muchos gentiles, sin muerte alguna de parte de los nuestros, solo algunos salieron heridos, aunque no de muerte; pero siempre el paso imposibilitado. Con lo dicho parece quedarian desengañados los señores comandante general y gobernador de la provincia, que el nuevo método que habian ideado para la reduccion de los indios no era tan á propósito como el que en estos establecimientos tenemos; por lo que desengañados con los gastos que se habian hecho, y tan excesivos, sin efecto alguno, parece les hizo ceder del intento y proyecto que tenian de que los establecimientos de la Canal fuesen con el ideado método de que los misioneros corriesen solo en lo espiritual, y que los gentiles que se convirtiesen viviesen y se martuviesen como cuando gentiles y en la misma libertad.

CAPITULO LIV.

PROSIGUE LA MATERIA DEL ANTECEDENTE DE LA FUNDACION DEL PRESIDIO DE SANTA BÁRBARA.

En cuanto el señor gobernador se vió desocupado por lo resuelto de la suspension de la expedicion del Colorado hasta el mes de setiembre que hubo despachado al rio al señor Fajes, como queda dicho, salió de San Gabriel para dar mano á los establecimientos de la Canal. Llegó á mediados de abril á la iniciada mision de San Bue-

naventura, vió el sitio y lo mucho que se iba estableciendo con el mismo método espiritual y temporal que todas las demás, y no habló palabra, no obstante que tenia ideado é informado, como después se supo, que fuesen estas misiones fundadas segun el nuevo método del Rio Colorado, aunque la variacion de éxitos y efectos, segun lo que habia oido al señor Fajes, puede ser le abriese los ojos y le hiciese mudar de idea é intencion, pues no habló palabra ni se quiso oponer al método que vió en la mision de San Buenaventura.

En breve habló de pasar adelante y dar mano á la fundacion del presidio de Santa Bárbara, y el venerable padre presidente trató lo mismo. Dejó de ministro interino de San Buenaventura al padre Cambon, mientras llegaban los barcos, y con ellos seis misioneros que se esperaban. Y el señor gobernador para la escolta de la mision principiada, dejó un sargento y catorce soldados, que hasta la presente no se habia fundado con tanta escolta mision alguna, y en breve se le añadieron otros diez al regreso del señor Fajes, interin llegaba el mes de setiembre para la expedicion del Colorado.

Toda la demás tropa siguió para la fundacion del presidio con los dos oficiales teniente y alférez, y señor gobernador con los diez soldados de Monterey. Fué tambien siguiendo la expedicion el venerable padre presidente. Caminaron por la costa ó playa de la canal mirando las islas que la forman, y habiendo andado como nueve leguas de la mision de San Buenaventura, que se juzgó como á la mediania de la canal, mandó el gobernador parar la tropa, y con el reverendo padre presidente y algunos soldados se hizo el registro de aquellas cercanias, y hallaron sitio muy al propósito para la ubicacion del presidio á la vista de la playa, que allí forma una especie de ensenada en la que podrian dar fondo los barcos, en cuya playa tiene una grande rancheria de gentiles. Mandó el señor gobernador parar el real en dicho sitio apto, y se puso mano á hacer una cruz grande y una barraca para primer capilla y la mesa para el altar. Bendijo el venerable padre presidente el terreno y la santa cruz, que adorada y enarbolada, dijo la primera misa, que oyó el señor gobernador con los oficiales y toda la tropa, y en ella hizo su reverencia una fervorosa plática, y se concluyó la funcion tomando posesion del sitio sin la menor contradiccion de los naturales de él.

El dia siguiente empezaron el corte de madera para las fábricas de capilla, casas para el padre, oficiales, cuartel, almacenes, casas para las familias particulares de los soldados casados y estacada. Mantúvose el venerable padre presidente en dicho presidio una temporada, hasta que le dijo el señor gobernador que no empezaria á fundar la mision hasta quedar concluido el presidio: oyendo esto su reverencia, dijo: Pues, señor, yo aquí no hago falta no pasando á fundar la mision, y así

determino pasar á Monterey, porque ya no pueden tardar mucho los barcos; desde allí enviaré á los padres, y entre tanto, para que aquí no se quede tanta gente sin misa y quien les administre, llamaré á uno de los misioneros de San Juan Capistrano: así lo practicó, dejando primero confirmados á todos los de la tropa que no habian recibido este santo sacramento.

Salió del presidio de Santa Bárbara para Monterey lleno de gozo por ver ya fundada la mision de San Buenaventura, que tantos años habia anhelado: visitó de paso las dos misiones de San Luis y San Antonio, y en ambas hizo confirmaciones, confirmando á los que se habian bautizado desde marzo que habia hecho en ellas confirmaciones, y se retiró para su mision de San Carlos á mediados del mes de junio. Llegó á buen tiempo, pues aquel mismo dia, poco antes de llegar á Monterey, se encontró con el correo que traia los pliegos y cartas de Méjico venidos por los barcos que habian dado fondo en este puerto el 2 de junio de dicho año de 83; y aunque la noticia de la llegada de los barcos alegró á su reverencia, pero diciéndole que no venian padres, le entristeció, como diré en el capítulo siguiente.

CAPITULO LV.

SUSPÉNDENSE LAS FUNDACIONES DE LA CANAL CON GRANDE PENA DEL VENERABLE PADRE JUNIPERO.

Al mismo tiempo que el señor comandante general mandó reclutar la tropa para los establecimientos de la canal, pidió el nuevo virrey, el excelentísimo señor don Martín de Mayorga, al reverendo padre guardian de nuestro colegio, á petición de dicho señor comandante, seis misioneros sacerdotes para las tres misiones, nombrándolos el venerable discretorio de los que voluntariamente se ofrecieron, y uno de ellos tuvo oportunidad de escribirlo, por cuyo medio llegó dicha noticia á estas misiones, y por esta daba por cierto el venerable padre presidente que vendrian con el barco dichos padres; pero no fué así, por lo que ya refiero.

Habiéndose nombrado los seis misioneros, ocurrieron á su excelencia pidiendo lo acostumbrado y establecido de ornamentos, utensilios de iglesia, sacristia, los sínodos para la mision y transporte del camino, como tambien para los de casa y campo. Todo lo mandó aprontar su excelencia, menos lo perteneciente á útiles de casa y campo, excusándose con decir habian escrito los señores comandante general y gobernador de la provincia que no eran necesarios y que no se diese para ellos. Viendo los padres esta respuesta, indagaron con toda sagacidad la causa ó motivo, y supieron por cierto de que intentaban se fundasen dichas tres misiones con nuevo mé-

todo, esto es, con el que se fundaron las dos del rio Colorado, como queda expresado.

En cuanto se cercioraron de esto, se presentaron por escrito al venerable discretorio, excusándose para la venida por lo que habian sabido, y que en atencion á que con el nuevo método no habian de conseguir la conversion de los gentiles (que desca su majestad), que eran los de la canal de la misma calidad que los de la California nueva, pues están en el centro de lo conquistado, qué solo se conseguia su reduccion por el interés de tener que comer y vestir, y después poco á poco se les entra el conocimiento del bien y del mal espiritual. Que mientras no tuvieren los misioneros qué darles, no les cobrarían afecto; si no vivían juntos en pueblo bajo de campana, sino en sus rancherías, de la misma manera que cuando gentiles, desnudos y hambrientos, no se podría conseguir el que dejasen las viciosas costumbres de la gentilidad, ni que se civilizasen, como tanto encarga su majestad á los misioneros dedicados á las nuevas conversiones, como consta por sus leyes de Indias; y supuesto que con el nuevo método ideado no se habia de conseguir el fin, era ocioso el que su majestad gastase en sínodos anuales y en su trasporte de mar y tierra; y que habiéndose ofrecido ellos voluntariamente, de la misma manera se excusaban.

Viendo el reverendo padre guardian y padres discretos las razones tan fundadas de los misioneros destinados, las representaron á su excelencia; pero como la determinacion no dependia de su superior gobierno, sino de la comandancia general, que dista mas de quinientas leguas de Méjico; hubo demora en la respuesta, y se suspendió la venida de dichos ministros. Y escribió el reverendo padre guardian al padre presidente lo que habia pasado, y que en atencion á ello, no pasase á fundar dichas misiones hasta nueva orden, que seria cuando no hubiera novedad en el método que hasta la presente se habia observado, y con él conseguido el principal fin.

Afligió en gran manera esta impensada noticia al fervoroso corazón del celosísimo prelado, considerando ser ardid del enemigo para impedir la conversion de aquellos gentiles; pero no por esto perdió la paz interior, sino que ofreciendo al Señor sus deseos, se conformó con su santísima voluntad y se resignó á la del prelado, pues la mas leve insinuacion la cumplia como si fuera precepto. Veia la voluntad del prelado al mismo tiempo que ya tenia fundada una de las tres misiones, porque daba por cierto vendrian los misioneros, porque viendo que no solo no venian, sino que le decia el reverendo padre guardian se suspendiesen las fundaciones, entró en la duda si debia retirar el misionero de la mision fundada de San Buenaventura, supuesto que estaba tan á los principios, y si el darla por fundada dejando en ella padres, seria faltar á la voluntad del prelado. No quiso su reverencia por sí deliberar,

por no errar, llevado de la grande inclinacion que siempre tuvo de aumentar el número de misiones, que para ello jamás se le propuso dificultad alguna, confiado siempre en Dios, como dueño de esta espiritual labor, y así para no proceder con su solo parecer, quiso hacer junta de misioneros los mas inmediatos á Monterey.

Hallábase en su mision con el compañero y uno supernumerario; escribió á las cuatro misiones mas inmediatas, y concurrimos uno de cada mision: juntos todos los siete, nos leyó la carta del reverendo padre guardian, que referia todas las noticias dichas, como también nos refirió el cómo se habia fundado la mision de San Buenaventura en el mismo método de las demás de la conquista, como lo habia visto el señor gobernador y no habia hablado palabra, quien si en su interior tenia otra cosa, hasta ahora no lo habia expresado; que tal vez habiendo experimentado el efecto de las dos del rio Colorado con tanta pérdida de tantas vidas y excesivos gastos de la real hacienda, así por lo que allí se perdió como en lo que se gastó en las expediciones para castigar á los gentiles y sin efecto, podría ser que hubiese mudado de dictámen. Pero que no obstante esto, deseaba nuestro parecer para determinar si habia de permanecer la mision de San Buenaventura.

Enterados de todos los puntos y conferencias los reparos que á cada uno ocurrieron, se resolvió que en atencion á lo dicho, ya que para la dicha mision de San Buenaventura se habian recibido desde el año de 69, no solo los ornamentos, vasos sagrados, utensilios de iglesia y sacristía, sino también los de casa y campo, y que para dicha fundacion habian estado depositados desde el año de 71, y á la presente habia dos misioneros supernumerarios que podrían estar de ministros de la iniciada mision, fueron todos de parecer subsistiese esta, dándose por fundada por haber llegado la orden del prelado verificada ya la fundacion y en el antiguo método, porque de desamparar el sitio se seguirian muy malas consecuencias y atrasos á la conquista.

Conformóse su reverencia con el parecer de todos, quedando su corazón y conciencia sosegada. Luego nombró dos ministros para ella, para que cuanto antes caminasen para su destino, quedándose por esta razon la de San Carlos sin supernumerario, y ya imposibilitado el venerable padre presidente á salir al ministerio de confirmaciones en las demás misiones. De todo lo resuelto y practicado dió cuenta por los barcos al reverendo padre guardian del colegio y venerable discretorio, suplicando que para el siguiente año enviasen á lo menos dos religiosos para supernumerarios, porque se veia por esta falta imposibilitado de salir á visitar y confirmar, y que en caso de enfermedad ó muerte de algun misionero, no habia quien pudiese suplir, que seria de mucho desconsuelo para el que quedase solo.

Vióse el fervoroso y laborioso prelado imposibilitado de salir á sus visitas anuales hasta el siguiente año, de que hablaré en el capítulo siguiente; pero se dió con mas afán á la espiritual labor de su mision, y lo consoló el Señor enviándole muchos gentiles, hasta rancherías enteras, en cuya educacion se empleó instruyéndolos en el catequismo, é instruidos bautizaba y confirmaba, aumentando en gran manera el número de hijos de Dios y de la santa Iglesia. Este fruto espiritual que con abundancia cogia en su mision, por un lado lo consolaba y por otro lo afligia, acordándose de la canal, que mayor fruto se cogeria, por lo que incesantemente pedia al Señor operarios para aquella su viña, pues segun lo que habia experimentado, estaban ya de sazón.

JAPITULO LVI.

LEGA EL SOCORRO DE DOS MISIONEROS Y SALE EL VENERABLE PADRE PRESIDENTE Á HACER SU ÚLTIMA VISITA Á LAS MISIONES DEL SUR.

Enterado el reverendo padre guardian por carta del padre presidente de quedar establecida la mision de San Buenaventura con el mismo método que las demás, lo que aprobó, y viendo que ya no quedaba supernumerario alguno, propuso en discretorio esta necesidad, y no obstante de hallarse el colegio con tan corto número de religiosos que siguiesen la comunidad, que apenas excedia el número de diez y ocho que estábamos en estas nueve misiones, y que no se tenia la menor noticia de la mision de España, determinaron viniesen dos para suplir en las necesidades que ocurriesen, los que luego se aprontaron y caminaron para San Blas, y habiéndose embarcado llegaron con felicidad á este puerto el 2 de junio de 1783, y habiendo descansado unos dias en esta mision y en la de Santa Clara, llegaron por tierra á la de San Carlos de Monterey á tomar la bendicion del reverendo padre presidente, que hallaron malo de una fluccion que le habia caido al pecho.

Este accidente del dolor del pecho, ya hacia muchos años que lo padecia desde que estuvo en el colegio, aunque jamás se quejó ni hizo la menor diligencia de ponerse en cura, haciendo tanto caso de este accidente como de la llaga é hinchazon del pié y pierna, que cuando le hablamos de aplicarle algun remedio solia responder: *dejemos esto, no lo váquamos á echar á perder: así vamos pasando*; añadiendo el dicho de santa Agueda: *Medicinam carnalem corpori meo nunquam ex-hibui*. Este dolor y sufocacion del pecho, aunque nunca se explicó si sentia ó no lastimado de él, yo así lo juzgué, acordándome de lo que su paternidad practicaba en muchos de los sermones de las misiones que predicó entre fieles, que ya queda dicho, á fin de mover á los del auditorio á llorar sus culpas y dolerse de sus pecados.

A mas de la cadena que ya solia sacar é imitacion de san Francisco Solano, con la que cruelmente se azotaba en el púlpito, mas de ordinario sacaba una grande piedra que solia tener prevenida en el púlpito, y al concluir el sermón con el acto de contricion, enarbolaba la imagen de Cristo crucificado con la mano izquierda, y cogia con la otra el canto ó piedra, con la que se daba en el pecho todo el tiempo del acto de contricion tan crueles golpes, que muchos del auditorio recelaban no se rompiese el pecho y se cayese muerto en el púlpito.

Usaba también para mas mover al auditorio, principalmente en los sermones de infierno ó de la eternidad, de otra inventiva bien pesada, lastimosa y peligrosa para lastimar el pecho; y era que solia sacar una hacha de cuatro pabillos encendida, á fin de que los oyentes viesan la alma en pecado ó condenada, y concluia abriéndose el pecho (que para el efecto tenia el hábito y túnica abiertos por delante) y á raíz de la carne apagaba la grande llama del hachon, deshaciéndose la gente en lágrimas, unos de dolor de sus pecados y otros de compasion del fervoroso predicador, juzgando que sin duda habria lastimado su pecho. Pero bajaba el celoso padre del púlpito sin la menor novedad y como si tal accion hubiera hecho, y jamás manifestó si habia quedado lastimado, aunque era natural que así sucediese, y que quedase el pecho herido y quemado, de cuyas resultas le quedaria lo que parecia cargazon en el pecho, de que solo sentia alivio descargando y deponiendo algunas flemas. Una de las ocasiones en que se sintió más malo fué cuando llegaron los dos misioneros dichos á la mision de Monterey, los que recibió el venerable prelado con estrecho abrazo de amoroso padre, alegrándose mucho de su llegada; pero sintiendo al mismo tiempo el que no hubiesen venido mayor número para poder verificar las fundaciones de la canal. Dió á Dios las debidas gracias conformándose con su santa voluntad, repitiéndole sus súplicas para que enviase operarios para la canal.

En cuanto tuvo quien pudiese suplir su ausencia determinó dejar en su mision uno de los que acababan de llegar, que fué el padre fray Diego Noboa, de la provincia de Santiago de Galicia, y con él otro de la misma provincia llamado el padre fray Juan Riobó, bajar para San Diego este para suplir en cualquiera necesidad de las misiones del Sur, y su reverencia para hacer la última visita de aquellas misiones y confirmar los neófitos de ellas. Dilatóse la salida del barco hasta agosto, y en esta detencion se le agravó el accidente del pecho, de modo que todos juzgamos no estaba en disposicion de embarcarse, y mucho menos para poder volver por tierra con tan dilatado camino.

Lo mismo juzgaba el venerable padre presidente, pues el dia que se embarcaba me escribió la despedida, encargándome los asuntos particu-

res del oficio, y concluía su carta con mucha gracia y resignación: *Todo esto digo porque mi vuelta puede ser en carta, pues tan agravado me hallo; encomiéndeme á Dios.* No obstante de hallarse tan malo, el celoso y fervoroso incendio que residía en su corazón le hacía posponer su salud y vida por la caridad del prójimo, no dándole lugar á privarlos de los bienes espirituales del santo sacramento de la confirmación, y como veía que solo hasta julio del siguiente año que se cumplía el decenio de la concesión, duraba esta extraordinaria facultad, no quiso omitir el hacer la diligencia de su parte, para que lograsen este bien espiritual, esperando en que Dios nuestro Señor, por quien emprendía este viaje, le asistiría. Con esta confianza se embarcó con el padre arriba expresado, y sin la menor novedad desembarcó por el mes de setiembre en San Diego.

Aunque no llegó mejor de sus males, pero si muy alentado en el fervor y espíritu, de modo que luego trató con los padres de la disposición de los neófitos para confirmarlos: así lo practicó, y dejándolos á todos con este bien espiritual, emprendió el camino por tierra de ciento setenta leguas hasta Monterey, haciendo su mansión en cada misión, procurando no dejar cristiano alguno sin confirmar, por ser la última visita con la dicha facultad. En la misión de San Gabriel, según me escribieron los ministros, se vió apurado del accidente del pecho, que pensaban que allí se moría; pero no por esto dejaba de rezar, decir misa y confirmar, y era ya con tanta fatiga, que los indios chicos que le ayudaban á la misa, decían á sus padres ministros con mucha pena y dolor, que expresaban con lágrimas: Padres, ya el padre viejo (así lo llamaban) se quiere morir, con lo que se enternecían los padres y se les oprimía el corazón, y mas cuando tuvo á todos los neófitos confirmados, trató de ponerse en camino para la siguiente misión de San Buenaventura, recelosos no muriese en el camino, que es de mas de treinta leguas, sin mas población que gentilidad.

Pero dióle Dios fuerzas para llegar á su querida misión de San Buenaventura (la última que habia fundado el año anterior), y viendo ya en ella su competente número de cristianos que el año antecedente habia visto gentiles, no cabía de alegría, dando muchas gracias á Dios; los que confirmó con extraordinario gozo y júbilo de su corazón, que al parecer le alivió sus males, pues salió de ella ya muy aliviado de la sofocación del pecho y siguió su camino con el mismo alivio.

Cruzó por los pueblos de gentiles de las veinte leguas de la costa de la canal de Santa Bárbara, que no bajan de veinte pueblos bien formados y poblados de mucho gentío, y en cada uno de ellos se le derretía el corazón por los ojos: ya que no podia regar aquella tierra con su sangre para lograr su reducción, porque no estaba en su

mano, procuró regarla con lágrimas nacidas de sus fervorosos deseos, que le hacían prorumpir con *el Rogate Domine menses, ut mitat operarios in messem suam:* (Matth. 9, vers. 38.) y la carencia de estos es de creer que le acortó la vida, según las vivas ansias que tenia de la conversión de los gentiles, pues desde que recibió la noticia de no venir misioneros para las misiones de la canal, se le oprimió el corazón, ofreciéndolo á Dios nuestro Señor con sus deseos de la propagación de la fe.

Saliendo de la canal siguió su camino, cruzando por las dos misiones de San Luis y San Antonio, en las que se detuvo á confirmar á los neófitos recién bautizados; y colmado de méritos llegó á su misión de San Carlos por enero de 1784, con mas fuerzas y salud que cuando por agosto se embarcó, dejando á todos admirados y llenos de gozo viéndolo otra vez en su misión cuando pensaban no volverlo á ver.

La llegada á su misión no fué para dar descanso á su cuerpo, tan fatigado de los caminos sobre la avanzada edad de setenta años ya cumplidos, sino para aplicarse con mas fervor al culto de su viña, catequizando á los gentiles, bautizando y confirmando, y en los demás ejercicios en que ordinariamente se empleaba, teniendo para ello distribuido el tiempo. Celebró la cuaresma y semana Santa con su acostumbrada devoción y ejercicios, y después de Pascua y haber concluido con los que habian de confesar y comulgar para el cumplimiento de la Iglesia, trató de venir á estas misiones del Norte á hacer la última visita.

CAPITULO LVII

ULTIMA VISITA QUE HIZO EN ESTAS MISIONES DEL NORTE.

En cuanto se vió desocupado el venerable padre presidente de los precisos quehaceres de su misión, principalmente del cumplimiento de la Iglesia, salió para estas misiones á hacer las últimas confirmaciones y á bendecir la iglesia de la misión de Santa Clara, para lo que lo tenían convidado los misioneros de ella, que tenían determinado dedicarla el 16 de mayo. Salió su reverencia de su misión á últimos de abril, y no deteniéndose en Santa Clara, reservando para la vuelta el hacer confirmaciones, se vino para esta de nuestro padre San Francisco, la mas interna, adonde llegó el 4 de mayo sin novedad en la salud. Fué para mí su llegada de extraordinario gozo el ver en esta misión, la mas interna de lo conquistado, á mi amado y siempre venerado padre maestro y lector, que nueve meses antes se habia por carta despedido de mí, como si no nos volviésemos á ver: deseaba lograr la dicha de gozar su compañía tan amable por algunos dias en esta misión; pero Dios dispuso no fuese como

deseábamos, pues á los dos dias de llegados hubé de salir á toda prisa para la de Santa Clara, por haber venido la noticia por posta de hallarse muy malo el principal ministro de ella el reverendo padre fray José Antonio Murguía.

En cuanto recibí la carta, tomada la bendición del venerable prelado, que quedó para las confirmaciones, me puse en camino, y hallé al enfermo con una fuerte calentura; dispúsose con todos los santos sacramentos, y el día 11 de dicho mes de mayo entregó su alma al Criador, de quien piamente creemos todos iría á descansar en la iglesia triunfante, y recibir del Señor el premio de su fervoroso celo de la conversión de las almas, en cuyo ejercicio se empleó treinta y seis años; los veinte en las misiones de los pames de la sierra Gorda, en las que convirtió á muchas almas, fabricó una suntuosa iglesia, que fué la primera que en aquellas conquistas se hizo de cal y canto.

Vino desde aquellas misiones para las Californias; en la antigua trabajo cinco años, y entregadas aquellas misiones á los padres dominicos, subió para esta nueva California, en la que fundó la misión de nuestra seráfica madre Santa Clara, dejando en ella bautizados cuando murió mas de seiscientos gentiles. En esta su misión acababa de fabricar una grande iglesia, que según dijo el reverendo padre presidente, es la mejor y mas grande de todos estos establecimientos, de cuya fábrica habia sido el difunto no solo maestro, director y sobrestante, sino tambien peón, enseñando á los indios neófitos; teniéndola concluida para celebrar la dedicación el día 16 de mayo, fué Dios servido de llevarlo para sí el día 11 de dicho mes, sin duda, como piamente creemos, para que tuviese mas premio en el cielo.

El especial afecto que siempre tuve á este religioso desde el año de 50 que nos conocimos y empezamos á ser compatriotas en el ministerio, hasta su muerte, que quiso Dios fuese yo y le administrase los santos sacramentos y ayudase, y la correspondencia de su afecto, no me da lugar á omitir esta memoria. No era menor el afecto que le tenia el venerable padre Junipero, pues siempre lo tuvo por perfecto religioso y grande operario para la viña del Señor, y por esto lo solicitaba con grandes ansias para estas nuevas misiones, como se puede ver en las cartas que quedan copiadas en su lugar. No obstante el cordial afecto que le tenia, no pudo su reverencia asistir á su muerte, pues no dió lugar lo agudo de la fiebre, y lo distante de quince leguas que se hallaba confirmando en esta misión de nuestro padre. Y en cuanto concluyó, dejando confirmados á todos los neófitos, caminó para Santa Clara en compañía del gobernador, que estaba convidado para padrino de la dedicación de la iglesia.

Llegaron á aquella misión el 15 de dicho mes por la mañana, en donde los recibimos casi sin podernos hablar, por la pena que nos embargó

las palabras, considerando la muerte del padre, que habia trabajado tanto para fabricar la iglesia que venian á bendecir, y cinco dias antes de la dedicación se lo habia llevado Dios para premiarlo en el cielo. Por la tarde se hizo con toda la solemnidad posible la bendición según el ritual romano, con asistencia de todo el pueblo de neófitos y muchos gentiles que asistieron, como tambien de la tropa y del vecindario del pueblo de San José de Guadalupe. Y el día siguiente, que fué el domingo quinto después de Pascua, día de la consagración de la basilica de nuestro santísimo padre San Francisco, cantó el reverendo padre presidente la misa, en la que predicó al pueblo con aquel espíritu y fervor que acostumbraba, y concluida la misa hizo confirmaciones en los que estaban ya preparados.

Aunque pensaba retirarme á mi misión, me detuvo su paternidad diciéndome se queria disponer para morir, por si no nos viésemos mas, pues se hallaba ya postrado, y que ya no le podia quedar mucho tiempo de vida. Hizo unos dias de ejercicios espirituales y su confesión general, ó repitió la que otras veces habia hecho, derramando muchas lágrimas, no siendo menos las mias recelando no fuese esta la última vez que nos viésemos: no logrando lo que ambos deseábamos de morir juntos, ó á lo menos que el último asistiese al que se adelantase, y mirando el que su paternidad se iba para su misión y yo para la mia, distantes cuarenta y dos leguas, y todas de gentilidad, no seria muy fácil el conseguirlo; pero quiso el padre de las misericordias y Dios de toda consolación darme este consuelo, que diré en el siguiente capítulo.

Los dias que se detuvo en Santa Clara se empleó en disponerse para morir, como tambien en el santo ejercicio de bautizar á algunos que concurren (de que fué siempre muy goloso y jamás se vió harto) y confirmar á los neófitos que no habian recibido este santo sacramento; y habiendo algunos que por enfermos no pudieron venir á la iglesia, fué su paternidad á surranchería á confirmarlos en sus casas, para que no se privasen de este bien; y no dejando á cristiano alguno sin confirmar, el mismo día que hizo las últimas confirmaciones se puso en camino para su misión de Monterey, dejándome con aquella pena que se deja considerar de un filial afecto.

En cuanto llegó á su misión, que fué á principios de junio, envió para la de Santa Clara para ministro en lugar del difunto padre Murguía, al que estaba en Monterey de supernumerario fray Diego Noboa; y su paternidad entabló de nuevo su apostólico ejercicio, instruyendo de nuevo á los que faltaba de confirmar, antes que se cumpliese el decenio de la comisión y facultad, que era el 16 de julio de dicho año de 84, y para dicho día tuvo ya confirmados á todos los de su misión, sin quedar neófito alguno por confirmar. Y al ver su paternidad espirada la facultad

dad, dejando confirmados cinco mil trescientos y siete, parece que aquel mismo día 16 de julio dijo lo que el apóstol de las gentes á los gentiles: *Cursum consumavi, fidem servavi*, pues parece que aquel mismo día llegó el anuncio de su cercana muerte, como ya digo.

Dicho día 16 de julio dió fondo en este puerto de nuestro santísimo padre San Francisco uno de los barcos que venían de San Blas con los víveres, y avíos, y por el recibo de las cartas, cuando vió que los operarios que habían de venir en este barco y que no vino alguno para las fundaciones de la canal, se halló con la carta del reverendo padre guardian en la que le decía la causa porque no enviaba misioneros, que era por el corto número de religiosos que actualmente tenía el colegio, por los que habían fallecido y otros que se habían regresado para España cumplido el tiempo y de la misión, que años había esperaban de España no se tenía la menor noticia.

Esta nueva fué muy sensible para el fervoroso corazón del venerable padre Junipero, viendo frustrados sus deseos de dichas fundaciones, que anhelaba ver antes de morir; y leyendo la imposibilidad para el efecto, parece que leyó el aviso de su cercana muerte, si no que digamos, que por otro más seguro conducto tuvo aviso de ella, pues según obró esperaba en breve su muerte, pues en cuanto recibió las cartas del barco, escribió como acostumbraba á las misiones, dando noticia á los ministros de la llegada del barco, remitiéndoles las cartas. A los más retirados del rumbo del Sur escribió despidiéndose de ellos para la eternidad, que lo supiera á los quince días de su muerte, por carta que le contestaban á esta cláusula de despedida. A los padres de las misiones más cercanas de San Antonio veinticinco leguas, y San Luis cincuenta, escribió que estimaria viniese un padre de cada misión para los avíos que traía el barco, que lo deseaba mucho para hablarles y despedirse por si fuese la última vista; y á mí me escribió que fuese para Monterey, ó con el barco ó por tierra, como me pareciese y según el efecto, todo esto se dirigía á que asistiésemos á su muerte, y así habría sucedido si así como yo recibí la carta la hubiesen recibido los otros padres de San Antonio y San Luis.

CAPITULO LVIII.

MUERTE EJEMPLAR DEL VENERABLE PADRE JUNIPERO.

Viendo la carta del reverendo padre presidente en la que me decía fuese para Monterey, aunque no me decía fuese breve mi ida, pero viendo que dilataba el barco á salir, me fui por tierra. Llegué el día 18 de agosto á su misión de San Carlos, y hallé á su paternidad muy postrado de

fuerzas, aunque en pié y con mucha cargazon de pecho; pero no por esto dejaba de ir por la tarde á la iglesia á rezar la doctrina y oraciones con los neófitos, y concluyó el rezo con el tierno y devoto canto de los versos que compuso el venerable padre Margil á la asuncion de nuestra Señora, en cuya octava nos hallábamos. Al oírlo cantar con la voz tan natural, dije á un soldado que estaba hablando conmigo: no parece que el padre presidente esté muy malo; y me respondió el soldado (que lo conocía desde el año de 69): Padre, no hay que fiar; él está malo; este santo padre en hablar, en rezar y cantar siempre está bueno, pero se va acabando.

El día siguiente, que era 19 del mes, me encargó cantase la misa al santísimo patriarca san José, como acostumbraba todos los meses, diciéndome se sentía muy pesado. Así lo hice; pero no faltó su paternidad á cantar en el coro con los neófitos y á rezar los siete Padre nuestros y oraciones acostumbradas: por la tarde no faltó á rezar y cantar los versos de la Virgen, y el siguiente día, que fué viernes, anduvo como siempre las estaciones del via crucis en la iglesia con todo el pueblo.

Tratamos despacio los puntos á que me llamaba interin llegaba el barco; pero siempre me recelaba de su próxima muerte, pues siempre que entraba en su cuartito ó celda que tenía de adobes, lo encontraba muy recogido en su interior, aunque su compañero me dijo que de la misma manera había estado desde el día que espiró la facultad de confirmar, que como dije fué el mismo día que dió fondo el barco en estos establecimientos. A los cinco días de mi llegada á Monterey dió fondo en aquel puerto el paquebot, y luego el cirujano del rey pasó á la misión á visitar al reverendo padre presidente, y hallándolo tan fatigado del pecho, le propuso el aplicarle unos cauterios para llamar el humor que había caído al pecho; le respondió que de estos medicamentos que aplicase cuantos quisiese: hizolo así sin más efecto que el de mortificar aquel fatigado cuerpo, aunque ni de este fuerte medicamento ni de los dolores que padecía se le oyó la menor demostracion de sentimiento, como si tales accidentes no tuviera, siempre en pié como si estuviera sano. Y habiendo traído del barco alguna ropa del avío, empezó por sus propias manos á cortar y repartir á los neófitos para cubrir su desnudez.

Día 25 de agosto me dijo que sentía no hubiesen venido los padres de las dos misiones de San Antonio y San Luis; pueden haberse atrasado las cartas que les escribí. Despaché luego al presidio, y vinieron con las cartas diciendo se habían quedado olvidadas. En cuanto vi el contenido de ellas, que era el convidarlos para la última despedida, les despaché correo con las cartas, añadiéndoles se viniesen cuanto antes, porque me recelaba no tardaría mucho á dejarnos nuestro

amado prelado según lo muy descaecido de fuerzas que estaba. Y aunque luego de recibidas las cartas se pusieron en camino, no llegaron á tiempo, porque el de la misión de San Antonio, que distaba veinticinco leguas, llegó después de su muerte y solo pudo asistir á su entierro, y el de San Luis, que distaba cincuenta leguas, llegó tres días después y solo pudo asistir á las honras el día 7, como diré después.

Día 26 se levantó mas fatigado, diciéndome había pasado mala noche, y así que quería disponerse para lo que Dios dispusiera de él. Estúvose todo el día recogido sin admitir distraccion alguna, y por la noche repitió conmigo su confesion general con grandes lágrimas y con un pleno conocimiento, como si estuviera sano; y concluida, después de un rato de recogimiento, tomó una taza de caldo y se recostó, sin querer que quedase alguno en su cuartito.

En cuanto amaneció el día 27 entré á visitarlo, y lo hallé con el Breviario en la mano, como siempre acostumbraba empezar los mañanas antes de amanecer, y por los caminos los empezaba en cuanto amanecía: preguntando cómo había pasado la noche, me dijo que sin novedad, que no obstante que consagrarse una forma y la reservase, que él avisaría: así lo hice, y acabada la misa volví á avisarle, y me dijo que quería recibir al Divinísimo de Viatico, y que para ello iría á la iglesia: diciéndome yo que no había necesidad, que se adornaría la celdita del mejor modo que se pudiese y vendría Su Majestad á visitarlo, me respondió que no, que quería recibirlo en la iglesia supuesto podía ir por su pié, no era razon que viniese el Señor. Hube de condescender y cumplir sus santos deseos. Fué por sí mismo á la iglesia, que dista más de cien varas, acompañado del comandante del presidio, que vino á la funcion con parte de tropa, que juntó con la de la misión, y todos los indios del pueblo ó mision acompañaron al devoto padre enfermo á la iglesia, todos con gran ternura y devocion.

Al llegar su paternidad á la grada del presbiterio, se hincó de rodillas al pié de una mesita preparada para la funcion. Salí de la sacristía revestido, y al llegar al altar, en cuanto preparé el incienso para empezar la devota funcion entonó el fervoroso siervo de Dios con su voz natural, tan sonora como cuando sano, el verso *Tantum ergo Sacramentum*, expresándolo con lágrimas en los ojos. Administréle el sagrado Viatico con todas las ceremonias del ritual, y concluida la funcion devotísima, que con tales circunstancias jamás había visto, se quedó su paternidad en la misma postura arrodillado dando gracias al Señor, y concluidas se volvió para su celdita acompañado de toda la gente. Lloraban unos de devocion y ternura y otros de pena y dolor por lo que recelaban de quedarse sin su amado padre. Quedó solo en su celdita recogido, sentado en la silla de la mesa, y viéndolo así, tan recogido no di lugar entrasen á hablarle.

Vi iba á entrar el carpintero del presidio, y no dándole lugar, me dijo venia llamado del padre para hacerle el cajon para enterrarlo, y quería preguntarle cómo lo quería. Enterneciome, y no dándole lugar á entrar á hablarle le mandé lo hiciera como el que había hecho para el padre Crespi. Todo el día lo pasó el venerable padre con sumo silencio y profundo recogimiento sentado en la silla, sin tomar mas que un poco de caldo en todo el día y sin hacer cama.

Por la noche se sintió mas agravado y me pidió los santos óleos, y recibió este santo sacramento sentado en un equipal, humilde silla de cañas, y rezó con nosotros la letanía de los santos, con los salmos penitenciales: toda la noche pasó sin dormir, la mayor parte de ella hincado de rodillas, reclinado de pecho á las tablas de la cama; y díjele que se podía recostar un poco, y me respondió que en dicha postura sentía mas alivio: otros ratos lo pasó sentado en el suelo, reclinado al regazo de los neófitos, de que estuvo toda la noche llena la celdita, atraídos del amor grande que le tenían como á padre que los había reengendrado en el Señor. Viéndolo así muy postrado y recostado en los brazos de los indios, pregunté al cirujano qué le parecía. Y me respondió que le parecía estar muy agravado; á mí me pareció que este bendito padre quiere morir en el suelo.

Entré luego y le pregunté si quería la absolucion y aplicacion de la indulgencia plenaria, y diciéndome que sí, se dispuso, y puesto de rodillas recibió la absolucion plenaria, y le apliqué la indulgencia plenaria de la órden, con lo que quedó consoladísimo, y pasó toda la noche de la manera que queda referido. Amaneció el día del doctor señor san Agustín, 28 de agosto, al parecer aliviado y sin tanta suforacion del pecho, siendo así que en toda la noche no durmió ni tomó cosa alguna. Pasó la mañana sentado en la silla de cañas arriada á la cama. Esta consistía en unas duras tablas mal labradas, cubiertas de una frazada, mas para cubrir que para ablandar para el descanso, pues ni siquiera ponía una salea como se acostumbra en el colegio, y por los caminos practicaba lo mismo, tendía en el suelo la frazada y una almohada y se tendía sobre ella para el preciso descanso; durmiendo siempre con una cruz en el pecho, abrazado con ella, del tamaño de una tercia de largo, que cargaba desde que estuvo en el noviciado del colegio y jamás la dejó, sino que en todos los viajes la cargó, y recogía con la frazada y almohada; y en su misión y en las paradas en cuanto se levantaba de la cama ponía la cruz sobre la almohada; así la tenía en esta ocasion, que no quiso hacer cama ni en toda la noche ni por la mañana del día que había de entregar su alma al Creador.

Como á las diez de la mañana de dicho día de san Agustín vinieron á visitarlo los señores de la fragata su capitan y comandante don José Ca-